incidente que al parecer le impresionó bastante; hé aquí como se espresaba:

«Al entrar en el parque, ví un árbol tronchado por el huracan, y me acosó el presentimiento de que mi enlace no se efectuaria; mis temores se han confirmado, y ahora me pregunto: «¿no habrá ya felicidad para mi en este mundo?»

Al llegar á los Estados-Unidos, Luis Napoleon se dedicó asíduamente al estudio de las cuestiones sociales y políticas, tal como se presentan bajo el Gobierno, la leyes y el régimen del pueblo americano, y apenas transcurridos tres meses, proyectó un viage científico á la América central, pero al poco tiempo, recibió una carta de su querida madre, en la cual le manifestaba que iba á sufrir una operacion quirúrgica sumamente peligrosa, y que por lo tanto, desearia tener á su hijo al lado, por si la sucedia una desgracia. La carta era de fecha 3 de Abril, y al recibirla Luis, embarcóse inmediatamente para Europa, y fué á fijar de nuevo su residencia en Arenemberg.

Mientras estuvo en los Estados-Unidos, el príncipe escitó en el mas alto grado la curiosidad de los americanos, pero siempre evitaba ponerse en evidencia, lo cual no impidió que entretanto le calumniasen en Europa los emisarios de Luis Felipe, propalando el rumor de que el hijo de Hortensia observaba una conducta inmoral y degradante, todo con el objeto de rebajarle á los ojos de los franceses. El rey de Francia, sus ministros y favoritos, se habian propuesto desacreditar todo lo posible á Luis Napoleon, sobre todo entre las clases mas respetables, no solo á fin de hacer perder las esperanzas á sus partidarios, sino para demostrar al pais que solo la dinastia Orleans era capaz de tener un buen Gobierno y una corte moral. Es evidente que los manejos de sus enemigos políticos hicieron mucho daño al príncipe, y basta recordar el tono de la sociedad francesa, hace veinte años, para convencerse de que aquellos produjeron su fruto.

Para refutar las calumnias propaladas contra Luis Napoleon en aquella época, parécenos lo mejor estractar varios párrafos de una carta escrita durante la guerra de Crimea por el capitan Stewart, uno de los mas eminentes oficiales de la armada de América, y persona que siempre se hizo digna del aprecio y confianza de sus conciudadanos. Véase como se espresaba:

«Desde que conocí al príncipe Luis, siempre he observado en él la misma afectuosidad en el trato, el mismo carácter afable, que le grangeaba las simpatías de todos, y al hablar de su madre, á quien parecia idolatrar, espresábase con tanta ternura como pudiera hacerlo una mujer. Proponiase el príncipe emplear un año en recorrer los Estados-Unidos, á fin de conocer mejor nuestras instituciones y estudiar detenidamente nuestro sistema político, á cuyo efecto me consultó, asi como tambien á otras personas, para que le indicásemos el mejor itinerario que podria seguir, pero sus proyectos se frustraron á causa de haber recibido noticia de la enfermedad de la ex-reina Hortensia, residente entonces en su castillo de Suiza. Yo estaba comiendo con él cuando le entregaron la carta; al reconocer la letra del sobre, rompió precipitadamente el sello, y apenas hubo leido media página, esclamó: *Mi pobre madre está enferma de peligro y debo ir á verla, de modo que en vez de dar la vuelta á los Estados-Unidos, me embarcaré en el primer vapor que salga para Inglaterra, y si no obtengo los pasaportes necesarios, me iré sin ellos.* Asi lo hizo, en efecto, y pudo llegar á Arenemberg bastante á tiempo para prestar los últimos consuelos á su moribunda madre, recogiendo su último suspiro.

Como conocia muy bien el carácter, las costumbres y sentimientos del príncipe, no pudo menos de causarme sorpresa leer mas tarde en ciertos periódicos, que durante su permanencia en Nueva-York y en Nueva-Orleans, (adviértase que Luis Napoleon no estuvo nunca en este último punto) habia observado una vida disipada, asociándose con gentes de baja esfera, y entregándose á toda clase de vicios. Por lo que hace á la comida y la bebida, puedo asegurar que el príncipe era muy parco, pues yo iba á su casa con mucha frecuencia, almorcé y cené con él repetidas veces, y nunca le ví hacer el menor esceso; en cuanto á sus costumbres, eran harto morigeradas, y jamás dió lugar á que se le censurase por ningun concepto en este sentido.

«Luis Napoleon pudo muy bien asistir á ciertas reuniones, y asi como Dickens y otros estrangeros de nota, permitirse algunas libertades, mas no creo que lo hiciese, ó al menos, no lo oí decir nunca, y dudo mucho que concurriese á los cafés públicos, á las casas de juego y á otros sitios de mala reputacion, segun aseguraron varios periódicos.

«En aquella época residia tambien en Nueva-York cierto príncipe Bonaparte, que segun creo tenia un carácter muy distinto al de Luis Napoleon; sus antecedentes en Europa no eran nada favorables, ni tampoco gozaba de mucho crédito, y aunque desterrado, no lo habia sido por una causa política. Puede ser que, á causa de no habérsele admitido en la alta sociedad, se reuniese con otra clase de gente, y esta fué sin duda la causa de que su primo no le tratára con intimidad. Es muy posible que lo que se ha dicho del uno deba atribuirse al otro, y no es de estrañar que residiendo en un mismo punto dos príncipes del misme nombre, confundieran sus actos y su carácter todos aquellos que ignoraban esta circunstancia y no estaban en antecedentes. No dudo que este es el hecho, por mas que se haya tratado de probar lo contrario; el caso es que no se han justificado semejantes acusaciones ni son aplicables por tanto al que es ahora reconocidamente el mas hábil, el mas venturoso y el mas notable soberano de Europa.

«El capitan Stewart.»

Luis Napoleon permaneció en Arenemberg hasta la muerte de su madre, ocurrida en 5 de Octubre, y profundamente afligido por la irreparable pérdida que acabaca de sufrir, asistió al dia siguiente á los funerales, que se celebraron con gran pompa. El Gobierno francés supuso que volveria á los Estados-Unidos, segun la promesa que hizo Hortensia á Luis Felipe, pero Luis Napoleon alegó que él no se habia comprometido á nada; que no existiendo su madre no le retenian ya las consideraciones que hasta entonces le impusiera el respeto filial, y que en ley y en justicia, no estaba obligado á marcharse. Tomada esta determinacion, Luis permaneció en Suiza, donde publicó varios manifiestos, observando una conducta que irritaba al Gobierno francés, pero muy conveniente para la política que él se habia propuesto seguir, cuyo principal objeto era que resonase su nombre en Europa y sobre todo en Francia.

En 1838, el teniente Saity, uno de los conspiradores de Estrasburgo, publicó un folleto, justificando la empresa, lo cual bastó para que Luis Felipe mandase perseguirle, y entretanto, el príncipe escribió una carta al oficial manifestándole sus simpatias y condoliéndose de su

suerte, pero como esta carta se insertó en los periódicos, exasperóse doblemente el Gobierno francés, redundando todo ello en perjuicio de Laity. Luis Napoleon juzgó que no se le presentaria mejor oportunidad para publicar un manifiesto político, pues todo el mundo lo leeria, aun cuando no fuese mas que por el interés que inspiraba la causa, y no vaciló en sacrificar al valeroso Laity, su fiel compañero en la famosa conspiracion de Estrasburgo. La citada carta está perfectamente escrita para llenar su objeto; ha llegado á ser un documento histórico de la mayor importancia por su lenguage profético, y al leerla, no se puede menos de reconocer que Luis Napoleon comprendia perfectamente cuales eran las condiciones de Francia, sus principios, sus partidos, su sistema político y su porvenir. Luis Felipe se hallaba entonces en el apogeo de su grandeza y poderío; figurábasele que casi toda Europa estaba en la persuasion de que el *ciudadano rey* habia fundado una dinastia, y que su trono estaba asegurado para siempre, pero Luis Napoleon, juzgando con mas acierto, vió lo que el monarca y muchos políticos no alcanzaron á ver, es decir, que las tendencias Bonapartistas se hallaban muy arraigadas en el ánimo de los franceses, y que aun los hombres que llenaban las ante cámaras del rey, se adherian en su mayor parte á las ideas de gobierno y á la política propagada por Napoleon I.

Véase ahora la carta de que hemos hablado, y que tanta sensacion produjo en aquella época; teniendo en cuenta los acontecimientos ocurridos despues, diríase que la habia escrito algun profeta.

«Arenemberg, 2 de Junio de 1838.

«Mi querido Laity: vais á comparecer ante el Tribunal de los Pares porque tuvisteis la noble generosidad de reproducir los detalles de mi empresa para justificar mi conducta, rechazando al mismo tiempo las acusaciones lanzadas contra mí. Yo no me esplico cómo el Gobierno puede atribuir importancia á la publicacion de ese folleto, pues bien sabeis que al autorizaros para darlo á luz, mi único objeto se reducia á refutar las viles calumnias con que han intentado desacreditarme los órganos del ministerio durante los cinco meses que pasé

entre la prision y el mar; é importaba tambien á mi honor y al de mis amigos, demostrar que no fué una loca ambicion la que me condujo á Estrasburgo en 1836. Dícese que vuestro folleto es una nueva conspiracion, cuando por el contrario, me defiende del cargo de haber conspirado nunca, y bien claramente dicen sus primeras páginas, que hemos dejado pasar dos años, antes de publicar los detalles referentes á mí, con el objeto de que los hombres juzgasen cuando estuviese su ánimo tranquilo y no dominado por la animosidad ó las preocupaciones.

«Si el Tribunal de los Pares se halla animado de un espíritu de independencia, como yo lo espero, y si prescinde de la influencia del Poder ejecutivo, como debe hacerlo, no hay posibilidad de que os condene, pues digo y repito que vuestro folleto no es el primer paso para un nuevo complot, sino una esplicacion verdadera y sencilla de un asunto que ha sido mal interpretado. Yo dependo tan solo de la opinion pública; no tengo otro apoyo en el mundo mas que el aprecio de mis conciudadanos, y si no se me permite defenderme, ni tampoco que defienda á mis amigos, de torpes calumnias, se comete conmigo una cruel injusticia. Harto sabeis cuan sincera es la amistad que os profeso para no comprender que profundo seria mi sentimiento si llegárais á ser víctima de vuestra abnegacion, pero no ignoro que al defender una causa popular, sobrellevais con noble resignacion vuestra desgracia. Se os preguntará, como ya han preguntado algunos diarios, que donde está el partido Napoleónico; este no se encuentra, pero su causa se halla en todas partes; no se encuentra porque mis amigos no se han organizado, mas la causa tiene sus partidarios en todas partes, asi en la humilde tienda del artesano como en la antecámara del rey, asi en el cuartel del soldado como en el palacio del mariscal de Francia. Los republicanos, los legitimistas, todos los que desean un gobierno fuerte, verdadera independencia y dignidad en el Poder ejecutivo, son seguramente Napoleonistas, aun cuando no lo confiesen, pues el sistema imperial no es una bastarda imitacion de las constituciones inglesa ó americana, sino una fórmula de gobierno fundada en los principios de la revolucion; es una gerarquía democrática, es la igualdad ante la ley, la recompensa al mérito, es, en fin,

una pirámide colosal cuya anchurosa base ofrece un seguro apoyo.

«Decid á vuestros jueces, que al autorizaros para publicar el folleto, no era mi ánimo turbar la tranquilidad de Francia ni enconar las pasiones, sino sincerarme ante mis conciudanos, presentándome á ellos tal como soy para que comprendan hasta qué punto se me ha calumniado. Pero si algun dia las luchas intestinas derribasen el poder constituido, acostumbrado hace veinte y tres años á menospreciar toda autoridad, (la esperiencia de cincuenta años permite hacer semejante suposicion) y si llegára á mirarse la base del edificio social, entonces, acaso el nombre que llevo podrá ser un áncora de salvacion para los que encierran en su pecho un corazon generoso y patriótico.

«Por esta razon tengo empeño en que se conserve intacto el honor del águila del 30 de Octubre, á pesar de nuestra derrota, á fin de que el pueblo no considere al sobrino del Emperador como un oscuro aventurero.

«Adios, mi querido Laity; aun tendria esperanza en la justicia si el interes propio no fuese la esclusiva moral de los partidos.

«Recibid los afectos de vuestro amigo

«Napoleon Luis.»

Laity fué condenado; esta carta acabó de perderle.